

EN EL CASTILLO DE BARBA AZUL: APROXIMACIÓN A UN NUEVO CONCEPTO DE CULTURA*

George Steiner

La ausencia de la historia de la ciencia y la técnica en los programas escolares es un escándalo. Es un absurdo hablar del Renacimiento sin conocer su cosmología, sus sueños matemáticos que confirmaban las teorías renacentistas del arte y de la música. Leer literatura o filosofía de los siglos XVII y XVIII sin tener conciencia del genio de la física, de la astronomía y del análisis algebraico, que se estaba desarrollando en ese periodo, es leer sólo superficialmente. Un modelo de neoclasicismo que omita la figura de Linneo es superficial. ¿Qué puede decirse con responsabilidad sobre el historicismo romántico, sobre las nuevas configuraciones del tiempo después de Hegel, que no incluya un estudio de Buffon, Cuvier y Lamarck? Lo cierto es que las humanidades fueron no sólo arrogantes en cuanto a afirmar su carácter central, a menudo fueron necias. Más que nunca tenemos urgente necesidad de un poeta como Lucrecio.

Cuando la cultura está ella misma tan extremadamente fragmentada, no hay necesidad de hablar de las ciencias como disciplinas separadas. Lo que las hace tan diferentes del actual estado de las humanidades es su carácter colectivo y su calendario interno. Hoy en día, la ciencia es una empresa colectiva en la que el talento del individuo es una función del grupo. Pero, como vimos, cada vez más el arte radical actual y el antiarte aspiran a la mis-

ma pluralidad. La divergencia realmente profunda que hay entre la sensibilidad humanística y la sensibilidad científica es una divergencia de temporalidad. Casi por definición, el hombre de ciencia sabe que el mañana habrá avanzado respecto del hoy. Un escolar del siglo XX puede manejar conceptos matemáticos y experimentales que eran inaccesibles a un Galileo o a un Gauss. Para un hombre de ciencia la curva del tiempo es positiva; en cambio el humanista inevitablemente mira hacia atrás. El repertorio esencial de su conciencia, lo que se propone estudiar en su vida diaria como investigador o crítico le llega del pasado. Una natural inclinación de su sentimiento lo lleva a creer, tal vez silenciosamente, que las relaciones del pasado son más esplendorosas que las de su propia época. La afirmación de que "Shakespeare es el mayor escritor, el más completo que la humanidad haya producido jamás" es una provocación lógica y casi gramatical. Pero engendra convicción. Y aun cuando un Rembrandt o un Mozart puedan en el futuro ser igualados (una idea grosera e indistinta), no pueden ser superados. Hay una profunda lógica de energía en las artes, pero no un progreso acumulado en el sentido de las ciencias. En las artes no se corrigen errores ni se desaprueban teoremas. Porque lleva el pasado en su seno, el lenguaje artístico, a diferencia de la matemática, tiene tendencia retrospectiva. Ésta es la significación de Eurídice. Porque la realidad de su mundo interior está a espaldas suyas, el hombre de palabras, el cantor, se volverá

* Tomado del libro *En el castillo de barba azul*, de George Steiner, traducido por Alberto L. Bixio para la editorial Gedisa, Barcelona, 1991.

En la página anterior, Giotto: *La expulsión de los diablos de Arezzo*.



George Cuvier (1769-1832).

hacia atrás, hacia el lugar de las necesarias sombras amadas. Para el científico el tiempo y la luz están adelante.

Aquí verdaderamente estriba la división de las "dos culturas" o más bien de las dos orientaciones. Quien haya frecuentado a los hombres de ciencia sabe hasta qué punto es intensa esta polaridad que influye en su estilo de vida. Sus noches apuntan evidentemente al mañana, pues *e santo è l'avvenir*.

¿Es realmente así?

Esta es la última cuestión que plantearé aquí y que, por cierto, es la más difícil de todas. Puedo formularla y sentir su urgente presión, pero no he logrado elaborarla de una manera clara o consecuente.

Que la ciencia y la tecnología acarrearán consigo agudos problemas de daños ambientales, de desequilibrio económico, de deformación moral, es ciertamente un lugar común. Atendiendo a la ecología y a los ideales de sensibilidad, el costo de las revolucio-

nes científicas y tecnológicas de los cuatro siglos pasados fue muy elevado. Pero a pesar de las críticas anárquicas y bucólicas, como las formuladas por Thoreau y Tolstoy, fundamentalmente no se ha dudado de que debería haberse afrontado dicho costo. En esa seguridad, que en gran parte no ha sido examinada, había algo de ciega voluntad económica, de inmensa sed por conquistar bienestar y diversidad material. Pero también obró un mecanismo mucho más profundo: la convicción, implantada profundamente en el temperamento occidental, por lo menos desde Atenas, de que la indagación intelectual debe avanzar, de que ese movimiento es en sí mismo natural y meritorio, de que la relación propia del hombre con la verdad es la relación del perseguidor, del cazador (el "¡busca!" de Sócrates para acorralar a su presa resuena a lo largo de toda nuestra historia). Nosotros abrimos las sucesivas puertas del castillo de Barba Azul porque las puertas "están allí", porque cada una conduce a la siguiente en virtud de una lógica de intensificación que es la intensificación de su propia conciencia que tiene el espíritu. Dejar una puerta cerrada sería no sólo cobardía sino una traición -radical y automutiladora- hecha a la postura de nuestra especie que es inquisitiva, que tatea, que se proyecta hacia adelante. Somos cazadores que vamos tras la realidad cualquiera que sea el lugar a que ésta nos puede llevar. Los riesgos, los desastres que pueden sobrevenir son flagrantes. Pero así es, o por lo menos fue hasta muy recientemente, el supuesto axiomático y a priori de nuestra civilización, según el cual el hombre y la verdad son compañeros, sus caminos se tienden hacia adelante y están dialécticamente emparentados.

Hoy por primera vez (de manera que nuestras conjeturas serán aquí tentativas y algún tanto confusas), se está poniendo en tela de juicio este axioma de un avance continuo que lo gobierna

todo. Estoy pensando en cuestiones que van mucho más allá de las actuales preocupaciones de la comunidad científica sobre el ambiente, sobre los armamentos, sobre las irreflexivas aplicaciones de la química a los organismos humanos. La verdadera cuestión es la de decidir si deberían desarrollarse ciertas líneas importantes de indagación, si la sociedad y el intelecto humano en su actual nivel de evolución pueden sobrevivir a las siguientes verdades. Bien pudiera ser -y aquí esa mera posibilidad presenta dilemas que están mucho más allá de los que hayan podido surgir en la historia- que la puerta siguiente se abriera a realidades ontológicamente opuestas a nuestra cordura y a nuestras limitadas reservas morales. Jacques Monod preguntó públicamente lo que muchos se planteaban en privado: ¿debería continuar la investigación genética, si ésta conduce a verdades sobre diferenciaciones en las especies cuyas consecuencias morales, políticas y psicológicas no somos capaces de afrontar? ¿Tenemos la libertad de seguir pistas neuroquímicas o psicofisiológicas relativas a las formas parcialmente arcaicas de la corteza cerebral, si semejante estudio nos lleva al conocimiento de que los odios étnicos, la necesidad de la guerra o esos impulsos de auto-

destrucción señalados por Freud son hechos heredados? Ejemplos de esta índole pueden multiplicarse.

Podría ser que las verdades que tenemos por delante aguarden como emboscadas en el camino del hombre, que la afinidad entre pensamiento especulativo y supervivencia, afinidad en la que se basó toda nuestra cultura, se quebrantara. La tensa presión se ejerce sobre toda "nuestra" cultura porque, como nos lo recuerdan los antropólogos, numerosas sociedades primitivas decidieron permanecer en la quietud o en la circularidad mitológica en lugar de moverse hacia adelante; y esas sociedades han perdurado alrededor de verdades inmemorialmente afirmadas.

La idea de que la verdad abstracta y las verdades moralmente neutras, especialmente de las ciencias, podría llegar a paralizar o destruir al hombre occidental está pronosticada en la *Krisis der europäischen Wissenschaften* (1934-37) de Husserl. Esta idea llega a ser un tema dominante en la teoría de la "dialéctica negativa" de Horkheimer, Adorno y la escuela de Frankfurt. Ésta

es una de las más penetrantes (aunque a menudo es hermética) corrientes del intelecto moderno y del moderno diagnóstico sobre la crisis de la cultura. El largo ensayo de Tito Perlini, *Autocritica della ragione illuministica* (en *Ideologie* 9/10, 1969), es no sólo una penetrante introducción a este material sino una rigurosa formulación del tema.

La razón misma se ha hecho represiva. El culto de la "verdad"



y de los "hechos" autónomos constituye un cruel fetichismo: *"Elevato ad idolo di se stesso, il fatto è un tiranno assoluto di fronte a cui il pensiero non può non posternarsi in muta adorazione"*. (Elevado a la condición de ídolo de sí mismo, el hecho es un tirano absoluto frente al cual el pensamiento no puede sino posternarse en muda adoración). La enfermedad del hombre ilustrado es su aceptación (ella misma enteramente supersticiosa) de la superioridad de los hechos respecto de las ideas. *"La spinta al positivo è tentazione mortale per la cultura"* (El impulso hacia lo positivo es tentación mortal para la cultura).

En lugar de servir a espontaneidades y fines humanos, las "verdades positivas" de la ciencia y de las leyes científicas se han convertido en una prisión, más sombría que la de Piranesi, una *carcere* para aprisionar el futuro. Son estos "hechos", no los hombres, quienes regulan el curso de la historia. Como los subrayan Horkheimer y Adorno en la *Dialektik der Aufklärung* (Dialéctica de la Ilustración), los viejos oscurantismos de dogma religioso y de casta social han sido reemplazados por el oscurantismo aun más tiránico de la "verdad científica, racional". "La realidad se ha impuesto a la ideología", dice Perlini, con lo cual quiere significar que un mito de evidencia objetiva, verificable, científica, anonadó las fuentes utópicas, fundamentalmente anárquicas, de la conciencia humana: *"In nome di un'esperienza ridotta al simulacro di se stessa, viene condannata come vuota fantasticheria la stessa capacità soggettiva di progettazione"*

dell'uomo" (En nombre de una experiencia reducida al mero simulacro de sí misma, se condena la capacidad subjetiva misma de proyección del hombre como vacua fantasía).

El vigor de la denuncia, su atracción moral e intelectual son evidentes; pero también lo son sus debilidades. No es un accidente la circunstancia de que Horkheimer y Adorno no fueran capaces de completar la *Dialektik*. En ninguna parte encontramos ejemplos sustanciales de cómo un hombre liberado, "pluridimensional", podría en verdad reestructurar sus relaciones con la realidad, con lo "que es así". ¿Dónde está el programa de un modo de percepción humana que esté libre del "fetichismo" de la verdad abstracta?

Pero el argumento es defectuoso en un plano más elemental. El perseguir los hechos, actitud de la cual las ciencias constituyen tan sólo el caso más visible, más organizado, no es un error contingente en que incurrió el hombre occidental en algún momento de rapacidad elitista o burguesa. Ese empeño está, según creo, impreso en la estructura misma, en la electroquímica y en el empuje de nuestra corteza cerebral. Estando dado un medio nutritivo y climático adecuado, dicha corteza tenía por fuerza que evolucionar y crecer mediante una constante alimentación de nuevas energías. La ausencia parcial de esta compulsión a indagar y progresar como ocurre en las razas y civilizaciones menos desarrolladas no representa una libre elección o un rasgo de inocencia. Representa, como lo sabía Montesquieu, la fuerza de circunstancias ecológicas y genéticas adversas. El floreciente niño de la ciudad occidental, el neoprimitivo que canta sus cinco palabras de tibetano en la carretera están realizando una charada infantil, fundada en el superávit de riqueza de esa misma ciudad o carretera. No podemos volvernos atrás. No podemos permitirnos los sueños de no saber. Abriremos, así lo espero, la úl-



León Tolstoy
(1828-1910).

tima puerta del castillo aun cuando ésta nos lleve (y quizá precisamente *porque* nos lleva) a realidades que están más allá del alcance de la comprensión y el control humanos. Lo haremos con esa desolada clarividencia, tan maravillosamente expresada en la música de Bartok, porque abrir puertas es el trágico mérito de nuestra identidad.

A esta concepción se puede responder evidentemente de dos maneras. Está la respuesta de Freud, su estoica aquiescencia, su suposición hosca y fatigada de que la vida humana es una anomalía cancerosa, un rodeo entre vastos estadios de reposo orgánico. Y, por otro lado, está el alborozo nietzscheano ante lo inhumano, con su tensa e irónica percepción de que somos, de que siempre hemos sido, huéspedes precarios en un mundo indiferente, frecuentemente asesino, pero siempre fascinante:

*Schild der Notwendigkeit
Höchstes Gestirn des Seins
-das kein Wunsch erreicht,
-das kein Nein befleckt,
ewiges Jas des Seins,
ewig bin ich dein Ja:
den ich liebe dich, o Ewigkeit!*

(Escudo de la necesidad.
!Supremo astro del ser!
que ningún deseo puede alcanzar,
que ninguna negación puede manchar,
eterno Sí del ser,
eternamente yo soy tu afirmación:
pues yo te amo, ¡Oh eternidad!)

Ambas actitudes tienen su lógica y su dirección de conducta. Uno elige o alterna entre ellas a causa de inciertas razones de sentimiento íntimo o de circunstancias individuales auténticas o imaginadas. Personalmente, me atrae mucho más la gaya ciencia, la convicción irracional, por temeraria que pudiera ser, de que es enormemente interesante vivir en esta última y cruel fase de las cuestiones occidentales. Si

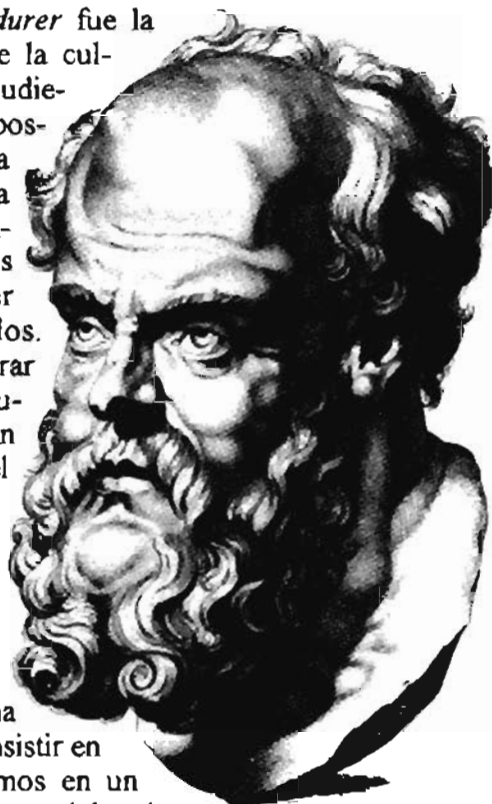
un *dur désir de durer* fue la fuente principal de la cultura clásica, bien pudiera ser que nuestra pos-cultura estuviera marcada por una disposición no tanto a soportar los riesgos del saber cuanto a reducirlos. Ser capaz de encarar posibilidades de autodestrucción y sin embargo entablar el debate con lo desconocido no es cosa de poca monta.

Pero éstas son sólo conjeturas indistintas. No es una posición retórica insistir en que nos encontramos en un punto en el que los modelos de hechos y culturas anteriores pueden prestarnos escasa ayuda. Hasta el término *Notas* es demasiado ambicioso para designar un ensayo sobre la cultura escrito en este momento. A lo sumo puede uno tratar de precisar ciertas perplejidades. La esperanza puede tomar parte de este pequeño ejercicio. "Una cáscara rendida que está terminada", dice Ezra Pound del hombre y de sí mismo, viajero maestro de nuestra edad, cuando regresa al hogar:

*A blown husk that is finished
but the light sings eternal
a pale flare over marshes
where the salt hay whispers to
tide's change.*

(Una cáscara rendida que está terminada
pero la luz canta eternamente,
con pálido fulgor sobre las marismas
donde la salina hierba susurra al
cambio de marea.)

(Septiembre de 1970-Enero de 1971).



Sócrates (470-399 a.C.).